

Ser o estar

En otros tiempos, las gentes eran, y ahora, simplemente están. Me explicaré mejor. En otros tiempos las gentes eran de un partido o de una ideología, y no solamente lo eran ellos, sino que lo eran también sus hijos y sus nietos.

¿Quién no recuerda aquella frase: "En mi casa somos socialistas de toda la vida", o aquella otra: "Yo soy de derechas por naturaleza, porque lo llevo en la masa de la sangre"?

En aquellos tiempos, las gentes no solamente eran de una cosa o de otra, sino que, además, presumían de serlo.

Aquellas eran generaciones románticas, deseosas de volcar todo su ser medular sobre un solo amor. Aquellas generaciones no vivían para estar, sino para ser.

Hoy, sin embargo, los tiempos que corren no parecen ser propicios ni para las fidelidades amorosas, ni para las fidelidades políticas, ni aún siquiera, para las fidelidades, en general.

Hoy, eso de ser de alguien o de algo se considera como una atadura, que puede hacerse intolerable, porque la falta de convicciones profundas propias hace aterradora la imagen de un futuro amarrado a cualquier palo. El hecho de ser compromete mucho. El hecho de estar compromete menos.

Ahora no se es de derechas ni de izquierdas, sino que, simplemente, se está en la derecha o en la izquierda, y se está durante un tiempo limitado, que únicamente deciden las circunstancias.

Uno, por ejemplo, dice: "Yo estoy en la izquierda (o en la derecha) porque...", y a continuación expone media docena de razones coyunturales y superficiales que se corresponden exactamente con los hechos recientes más aireados por los medios de comunicación. Si los medios de comunicación hubiesen aireado en los últimos tiempos otros hechos distintos, ese uno cambiaría de parecer, y afirmaría, muy convencido, que él estaba en la derecha (o en la izquierda) porque...

Hoy no se es de nada, porque para ser de algo hay que abstraerse de las contingencias superficiales, y hay que bucear profundo en el interior de sí mismo. Y la gente no está ahora por esos buceos. Está más inclinada a valorar las delicias de la epidermis.

Hoy, desgraciadamente, no abundan los valores que sean más permanentes que lo es la oportunidad, la oportunidad fugaz. La oportunidad es, para desgracia de nuestra generación, uno de sus más respetados y sólidos valores.

Cabe señalar, también, que la deificación de la oportunidad no la hace solamente la ciudadanía de a pie, sino que la práctica, asimismo, esa clase -sacada con espumadera de la olla del pueblo- que llamamos clase política.

Los políticos, consecuentes con su progresía, son los primeros que se erizan ante la sola mención del verbo ser.

Ellos no quieren ser una cosa u otra. Simplemente quieren estar en un lugar o en otro, según sea la dirección en que sople el viento de la oportunidad. Los que estaban en un sitio político, ahora están en otro, y los que no estaban en ningún sitio político, de repente, han saltado como felinos a ocupar uno de esos sitios, reservados para ellos por los dioses.

Aquellas gentes que no quieren ser una cosa ni otra, sino que prefieren, simplemente, estar al sol que más calienta, se merecen una clase política que actúe del mismo modo. Esas gentes no están legitimadas para criticar el travestismo de los políticos, porque ellas mismas han dejado de ser lo que eran, para abandonarse en el muelle estar. Esas gentes desean sentirse libres para estar hoy en un lado, y mañana en otro, según dicten los nuevos modos y las nuevas modas.

(*) Profesor de Investigación